

ta, pues, que no se hayan conocido nunca y que se hayan tratado como émulos con alguna envidia? No es por eso menos cierto que en el desarrollo de la humanidad, de esa humanidad llamada á formar una alma sola, pues que en el fondo es una sola alma, sus entendimientos se mezclan y se unen; hay entre ellos un indestructible vínculo de solidaridad, tanto que Voltaire sirvió para producir á Rousseau, y Rousseau para sostener é impeler hácia delante á Voltaire. El primero devolvió al segundo en 1760 cuanto de él había recibido en 1730. Ni ellos mismos, sin duda, ni sus contemporáneos advirtieron este lazo intelectual; ántes bien los dos filósofos se creyeron, y los demás á su vez los creyeron enemigos. Pero Dios, *vínculo de los entendimientos*, como dijo Malebranche siguiendo á Platon, vió en su seno á aquellos dos seres imperfectos prestarse mutuamente apoyo.

El siglo marchaba; aquel siglo que Voltaire había precedido, empezaba á alcanzarle y aun á dejarle atrás. No solo le seguía en pos la multitud, sino que sucesores mas jóvenes llevaban la vista mas léjos, y Voltaire, excitado y sostenido por ellos, debía dar en la carrera un último paso. De todos los grandes ingenios del siglo XVIII solo Montesquieu nació ántes de Voltaire; los demás vinieron cerca de veinte años despues. Sin embargo, Montesquieu no conservó la precedencia que tenia sobre Voltaire; pues aunque le precedió con las *Cartas persas*, que aparecieron como programa del nuevo siglo en 1721, luego tardó mucho tiempo ántes de publicar el *Ensayo sobre la grandeza y decadencia de los Romanos*, impreso en 1734, y el *Espíritu de las leyes*, que no vió la luz hasta 1748, cuando ya se conocían casi todas las obras maestras de Voltaire. Por otra parte, cualquiera que sea el mérito de estas obras de Montesquieu, nada hay en ellas que sobrepuje, en cuanto á innovacion, á las obras análogas de Voltaire. Pero desde 1750 á 1762, cuando Voltaire se abismaba en el escepticismo, surgieron Rousseau, Diderot, D'Alembert y Helvecio. La *Enciclopedia* empezó á publicarse en 1751; el discurso de Rousseau *Sobre las artes* pertenece al año de 1750; el que escribió *Sobre la desigualdad* al de 1754; el libro *Del espíritu* se imprimió en 1758; las principales obras de Rousseau, la *Nueva Eloisa* y el *Emilio*, salieron á luz en 1759 y 1762.

Condorcet, filósofo también de aquella época, dice: « La profesion de fe del vicario saboyano no contenía nada sobre la utilidad de la creencia en un Dios para la moral y la inutilidad de la revelacion que no se encontrase ya en el poema de la *Ley natural*; pero los atacados conocían que de ellos se trataba, y que se les sacaba á la escena personalmente, no á los sacerdotes de la India ó del Tibet. Voltaire se sorprendió de tanto atrevimiento, y se sintió excitado á igualarlo. El buen éxito del *Emilio* le estimuló, no asustándole la persecucion... podía estar seguro de evitarla ocultando su

nombre, lanzando sus dardos tan solo contra la religion, sin tocar al gobierno. En breve por toda Europa, bajo todas las formas que fué capaz de inventar la necesidad de encubrir la verdad y hacerla punzante, se difundió gran número de obras, en que puso en juego ya la elocuencia, ya la discusion, y especialmente la burla. El celo contra una religion que miraba como causa tanto del fanatismo que desde su principio habia assolado á Europa, como de la supersticion que la habia deshonrado y que consideraba origen de los males que estos enemigos de la humanidad continuaban aun haciendo, parecia redoblar su actividad y sus fuerzas. « Estoy cansado (decía un día) de oírles repetir que doce hombres bastaron para establecer el Cristianismo, y deseo probarles que con uno solo basta para destruirlo. »

Dejemos á Condorcet afirmar que nada habia en Rousseau que no se encontrase ántes en Voltaire, y creer que la profesion de fe del vicario saboyano no se diferenciaba sino en la forma del poema sobre la *Ley natural*; nosotros nos contentaremos con mostrar la excitacion que determinó la última faz de la vida de Voltaire.

Al oír, pues, las palabras de Rousseau, y al saber que iba á emprenderse la *Enciclopedia*, Voltaire, ya sexagenario, se reanima para hacer resonar la última palabra de su vida y cumplir la última parte de su mision. ¿Es menester recordar lo que todo el mundo sabe? ¿Y sería decir demasiado afirmar que fué el verdadero rey, ó mas bien el verdadero papa de fines del siglo XVIII? Véase descrito por mano de Condorcet su poder en aquel tiempo. « Voltaire se encontró naturalmente á la cabeza de todos los pensadores de Europa, por su edad, su fama, su celo y su ingenio. Contaba ántes algunos amigos y muchos admiradores; pero entonces tuvo un partido, habiendo reunido la persecucion bajo su bandera á todos los hombres de algun mérito... Á los gritos de los fanáticos oponía Voltaire los favores de los soberanos. La emperatriz de Rusia, los reyes de Prusia, Polonia, Dinamarca y Suecia tomaban interés en sus trabajos, leían sus obras, buscaban sus elogios, secundándole á veces en su beneficencia. Bunde quiera los grandes y los ministros que deseaban la gloria y aspiraban á oír resonar su nombre en Europa, se captaron los sufragios del filósofo de Ferney, confiándole así sus esperanzas y temores por el progreso de la razon, no menos que sus planes sobre aumento de las luces y destruccion del fanatismo. Había formado en toda Europa una liga de que era jefe, y cuyo santo y seña eran razon y tolerancia. ¿Se cometía en un país alguna grande injusticia? ¿se oía hablar de un acto de fanatismo, de un insulto á la humanidad? Inmediatamente Voltaire con sus escritos denunciaba á la Europa entera los culpados. ¡Cuántas veces quizá el temor de esta venganza segura y terrible habrá detenido el brazo de los opresores!

Sus últimos veinte años confirman nuestra distincion entre Voltaire deísta y Voltaire esceptico. Mostrándose abiertamente enemigo de la religion que denomina *infame*, marcha adelante y completa su obra; pero ¿lo consigue solo con el escepticismo? No; su deísmo volvió á presentarse en la palestra. Los escritos de Rousseau, animados por un deísmo mas ardiente que el suyo, le inspiraron de nuevo alguna fe. Su carácter moral se realzó también. Cuando fundó la colonia de Ferney, no hubiera ciertamente escrito aquellas páginas frias y egoistas que llevan la fecha de las *Delicias*; no las hubiera escrito, cuando defendía á Cálas y Sirven, al caballero de Labarre ó á los aldeanos Saint-Claude. Encontraba en su corazón este hermoso verso:

J'ai fait un peu de bien, c'est mon plus bel ouvrage.

Se habia despertado en él la fe, y los escritos de su vejez en defensa del deísmo contra el ateísmo no son una vana comedia, como tampoco lo es el templo que crigió en Ferney al Ser Supremo: *Deo erexit Voltaire*. Y juntamente con una esperanza y una fe á su modo, habia vuelto á abrigarse en su corazón alguna caridad.

No existe en los tiempos modernos ni en toda la historia espectáculo mas hermoso que el de Voltaire, á los ochenta y tres años, bañando con sus lágrimas la mano de Turgot: « Dejádme besar, exclamaba, esta mano, que ha firmado la salvacion del pueblo; » y bendiciendo al nieto de Franklin en nombre de Dios y de la libertad. Despues de haber vacilado toda su vida entre el escepticismo y el deísmo, Voltaire concluyó por ser deísta.

Rousseau le habia hecho comprender que aquel deísmo profesado por él treinta años ántes y que se habia entibiado luego, se parecía á la verdad. Viéndose, pues, sostenido por tan poderosas inteligencias, cobró confianza, se reanimó en el seno de la joven generacion que vino en pos de él, y pudo entonces sentir la que debía seguir á esta y llevar á cabo la Revolucion. ¿Por qué no habia de presentirla él, cuando la presintió en su nulidad Luis XV? Aquella generacion debía arrastrar á Luis XVI al patíbulo y divinizar á Voltaire.

Verificóse entonces en él una evidente transformacion, siendo indudable la causa, que no fué otra sino la emulacion y la confianza que le inspiraron entendimientos mas jóvenes. La prueba se ve en sus escritos y ademas en la impresion que produjo en sus contemporáneos, Diderot nos ha dejado en sus cartas un fiel espejo de sus sentimientos. Antes del año 1760 no amaba á Voltaire; al contrario, sentía hácia él cierto desprecio. Entonces escribió: « Habíame propuesto, en verdad, no escribir á ese triste y extraordinario hijo de las *Delicias*... Pero se quejé amargamente de mi silencio á

Grimm, diciendo que era por lo ménos un deber de política dar gracias á su abogado. Pero ¿quién diablos le ha suplicado que defienda mi causa? Querida amiga, á ese hombre no se le puede tocar á un cabello sin que arroje altos gritos. Lleva mas de sesenta años de autor, y autor célebre, y aun no se ha acostumbrado á sufrir, ni se acostumbrará jamas. El porvenir no le corregirá, y hasta que la vida le abandone estará esperando la suerte favorable (1). » Esto no quiere decir que Diderot no sintiese desde entonces toda la grandeza de Voltaire, pues en aquel mismo tiempo escribía: « Es preciso nos conserve una vida que miro como la mas preciosa para el universo. Reyes, soberanos, jueces y ministros abundan siempre; pero se necesitan siglos para producir un hombre como él (2). » Y poco despues: « Es Voltaire quien escribe en favor de esa desgraciada familia de los Cálas. ¡Qué hermoso uso del ingenio, mi querida amiga! Se necesita que ese hombre tenga mucho corazón y mucha sensibilidad, para sentirse hasta tal punto indignado contra la injusticia y atraído por la virtud. ¿Qué relacion existe entre él y los Cálas? ¿Qué es lo que le interesa por ellos? ¿Qué motivo le induce á suspender las obras de su ingenio para ocuparse en su defensa (3)? Si Cristo existiese, os aseguro que Voltaire se salvaría (4). »

« Si Cristo existiese, Voltaire se salvaría! Grandes y hermosas palabras, que la posteridad confirmará, reconciliando al Divino Maestro del Evangelio y al destructor de la supersticion.

Antes de concluir harémos unas breves reflexiones sobre el anatema lanzado por De Maistre contra Voltaire, en nombre de la religion y de Dios. No es lícito aislar á un hombre de su época y de los hombres entre quienes vivió, y juzgarle sin consideracion al tiempo anterior á él y al subsiguiente. ¿Qué es Voltaire? ¿Qué parte tuvo en el desarrollo de la humanidad? ¿Cuál es su verdadero carácter? En el fondo Voltaire no es iniciador del porvenir, sino un crítico de lo pasado; no fundó, sino que destruyó; pudiera llamársele el *ante-cristo fatal*. ¿Cómo se hubiera establecido el Cristianismo, si tres siglos ántes de Cristo no hubiesen empezado los filósofos á socavar por sus cimientos el politeísmo, la estrecha ciudad griega ó romana, las leyes y las costumbres? ¿Creéis que los sacerdotes omnipotentes de Júpiter y Venus hubieran dejado ocupar el puesto de sus ídolos al hijo de Dios? ¿Creéis que Caton hubiera visto gustoso á sus esclavos, á quienes azotaba, participar con él de la cena eucarística? Voltaire pensó poder ser en el siglo XVIII

(1) *Memorias*, año de 1760.

(2) *Id.*

(3) Voltaire respondía al señor de Argental, que le pedía la tragedia de la *Olimpiada* para el teatro frances: « No es » peréis os envíe ninguna tragedia, mientras no se concluya » la de Tolosa » (donde se juzgaba la causa de los Cálas.)

(4) *Memorias*, 1762.

el patrocinador del género humano, que ansiaba romper sus cadenas.

Para ser justo con Voltaire, conviene no ir contra la corriente de los siglos, sino creer al porvenir tan fecundo como lo pasado. ¿Era necesaria la obra de la destrucción de lo pasado, que Voltaire emprendió después de otros que le precedieron en la carrera? Preguntado á la naturaleza, que ha unido con lazo indisoluble la nueva vida á la muerte; preguntado á Dios mismo, autor de la ley que se revela en la existencia, tanto de la humanidad entera como de cada una de las criaturas, esto es, destruir para llegar á una nueva vida, destruir para revivir. Solo se debe, pues, preguntar á Voltaire si contenía en sí el germen de la nueva vida. ¿Con qué destruyó? ¿Destruía virtualmente para reconstruir? Tal es la verdadera pregunta que debe hacerse.

Algunos admiradores de Voltaire han plantado en la nada su gloria, porque á sus ojos ninguna cosa excede en hermosura á la nada. Según ellos, lo sublime consiste en no tener en

el corazón fe, esperanza ni caridad; y tal, en su opinión, fué Voltaire. ¡Insensatos! no comprenden á su héroe. Á su vez, los defensores pertinaces de lo pasado se han atendido á la porción necesaria de escepticismo que había en Voltaire, para no ver en él mas que un empedernido escéptico. Esceptico fué, no cabe duda, pero religioso, pues que fué deísta. Su doble misión consistió en destruir y preparar: escéptico para destruir, deísta para preparar.

Cuando llega el invierno, los árboles se despojan, caen las hojas y se marchitan, los frutos han desaparecido, y parece que la naturaleza no se ha visto nunca adornada de flores. La tierra, cubierta de nieve, oculta en su seno las semillas que le devolverán su hermosura, y le darán nuevas flores y frutos nuevos. Tal es el invierno de la humanidad. Esta tierra fría y cubierta de nieve encierra sin embargo el germen de una nueva cosecha: ¿sabéis cuál será?

Extracto de la *Encyclopédie Nouvelle*.

NUM. XXXI

ROUSSEAU.

(1712-1778.)

Desiderio Rousseau, librero parisiense, huyendo de las persecuciones religiosas, se trasladó en 1529 con su familia á Ginebra, donde entró en clase de ciudadano. De Isaac, su descendiente, y de la hija del ministro Bernard, nacieron dos hijos: (1712) uno de ellos, apenas salió de la infancia, huyó, sin que se volviese á saber mas de él; el otro, Juan Jacobo, costó al nacer la vida á su madre, y sobrevivió á fuerza de cuidados. Pero hasta los cuarenta años el futuro autor del *Emilio* y de la *Nueva Eloisa* vegetaba ignorado, juguete de una incierta fortuna y de su propia inquietud. Habiéndose quedado huérfano, á consecuencia de un lance de honor que obligó á su padre á expatriarse, entró de aprendiz de un grabador, y hombre duro é ignorante, que le trataba mal, y le volvía estúpido. Huyó, pues, de su lado, y se encontró á los diez y seis años sin familia, patria ni asilo. Una favorable casualidad le proporcionó la asistencia de una amable patrona, la joven baronesa de Warens. Llevado al hospicio de los Catecúmenos en Turin, abjuró la religión protestante. Á su salida de allí, luchó con la miseria y fué, ora palafranco de la condesa de Vercelli, ora criado del conde de Gonvon, hasta que volvió á los brazos de su protectora, la cual, conmovida al ver su mala suerte y su juventud, le concedió un asilo en su casa. Ensayó sucesivamente varias carreras; estudió en el seminario, trabajó en el catastro, enseñó música sin saberla todavía, y arrastró así una inconstante vida de Annecy á Friburgo, de Friburgo á Lausana, de Lausana á Neufchatel, de Neufchatel á Berna y á Soleura, de Soleura á París, de París á Chambery; y atraído siempre por su corazón hácia Mad. de Warens, de la cual no se separaba sino para reunirse pronto con ella. Así trascurrió sin gloria, pero no sin errores, su juventud, ó mejor dicho, su larga infancia. Tal era la vida del hombre singular que debía asombrar al mundo entero.

Á los veinticuatro años, atacado de una enfermedad que se creyó mortal, fué á convalecer en compañía de Mad. de Warens á un sitio

pacífico y solitario, y allí se consagró á los estudios con mayor empeño del que había mostrado hasta entónces, atesorando conocimientos y aprendiendo á reflexionar sobre sus deberes. Vivió en aquel retiro muchos años, y solo deseaba pasar toda su vida junto á Mad. de Warens, que era para él mas que una amiga. Desgraciadamente una ausencia de algunos meses la entibió algo respecto á Juan Jacobo, y este no pudo resolverse á dividir con otro un corazón que ántes había poseído sin rival; renunciando, pues, á toda esperanza de felicidad, aceptó el cargo de maestro en Lyon, en casa del señor de Mably (1740).

No tardó en convencerse de que no era propio para tal ocupación, y después de un año de prueba, volvió á su querida soledad, en busca de una dicha que no encontraba; pero desengañado entónces del todo, pensó en crearse un estado independiente. Sabía música; en sus estudios había llegado á inventar un nuevo sistema de notas musicales; apresuróse á darle la última mano, y provisto de algunas recomendaciones, marchó á París y presentó su trabajo á la Academia de ciencias.

Pocos y estériles elogios fueron el único resultado por entónces. Frustrándosele también esta tentativa, consintió en seguir, como secretario, al conde de Montaigu, embajador en Venecia, pero la extraña índole y el compartamiento villano del embajador le condujeron nuevamente á Francia (1748), donde trató otra vez de vivir de su ingenio. Introducido en casa de Mad. Dupin, que recibía á la flor de los literatos, se relacionó con algunos. Sin embargo, el éxito no correspondía aun á sus esfuerzos. La ópera de las *Musas galantes*, cuya letra y música había compuesto, no pudo representarse; las *Fiestas de Ramiro*, composición de Voltaire y Rameau, que tuvo encargo de arreglar para el matrimonio del delfín, consiguió solo un éxito infructuoso; los artículos que escribió para la *Enciclopedia* le produjeron poco. Entretanto corría el tiempo; Rousseau había cumplido ya treinta años, y desanimado